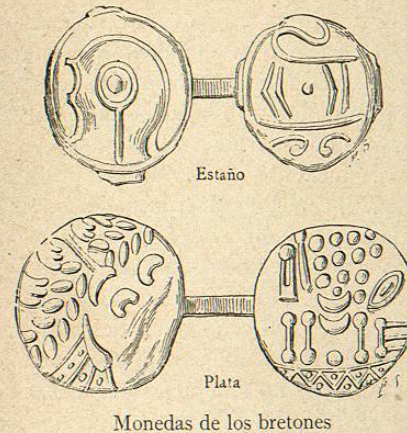


cial es el grupo armoricano, que comprende, además de la península de este nombre, toda la cuenca media del Loira con la margen izquierda del Sena. Ha dado origen, en el litoral de la Mancha, entre el Rance y el Sena, á un sistema secundario que pasó de allí á la costa oriental de la Bretaña, para volver en seguida á la Galia del Norte y ramificarse bajo diversas formas.



Monedas de los bretones

Estaban entonces los belgas más en relación con los bretones que con los galos, y por aquí se confirma lo que nos enseña César de la línea de demarcación entre la Céltica y la Bélgica.

La moneda llegada á esta última comarca tomó, sobre todo al Este, un aspecto completamente bárbaro. Se desarrolló allí muy tardíamente. Las generaciones sepultadas en las tumbas de la Champaña la conocían aún. Las leyendas en latín son otra prueba de que no apareció mucho antes de la conquista romana.

Llegamos aquí á una nueva fase de la monedería gala. La influencia romana definitiva en el Sudeste, hacia 120 antes de J. C., no podía menos de substituir á la de las ciudades griegas. Tradújose por la imitación del denario de plata con la adición de una leyenda latina á la leyenda griega, y, en fin, por la exclusión de ésta. Las imitaciones del denario de plata, después de haber cir-



Moneda gálica de la Cisalpina, imitación bárbara de las cartaginesas y campanienses

culado en la región del Ródano, dieron la vuelta á la Galia. Transformóse igualmente la fabricación de las monedas de oro. Inspiraron también esas imitaciones la de las monedas de bronce, que se multiplicaron al fin de la independencia. Estaba el sistema romano preponderante en tiempo de César, y siguió estándolo con más razón después en el período, por otra parte muy breve, en que se mantuvo bajo la dominación de Roma la monedería autónoma.

Han notado los numismáticos la degeneración progresiva de la monedería gala á medida que se acerca la era cristiana, y es preciso entender por tal no solamente la alteración de los tipos, sino también la minoración de su ley. No resultan las piezas de oro á la larga sino una

aleación de que forma el cobre la mayor parte. Las monedas de plata no son más que una especie de vellón. Los hechos de este género no son de un interés exclusivamente económico; atestiguan las más de las veces un profundo trastorno en la existencia nacional. La decadencia monetaria de la Galia tiene todo el valor de un síntoma. Deja entrever la decadencia política que prepara el camino á la conquista extranjera.

II.—La religión (1)

Nos vemos obligados aquí á anticipar los acontecimientos. Sabríamos, en efecto, muy poco sobre la religión de los galos, si á las noticias proporcionadas por los historiadores en cuanto al período de la independencia no pudiéramos añadir el testimonio de los monumentos epigráficos y figurados contemporáneos de la dominación romana. No sentían los galos, en esto semejantes á los pelasgos y en general á los más antiguos pueblos de Europa, necesidad de representar sus dioses bajo rasgos humanos (2). Hasta más tarde no revistieron su concepciones religiosas de una forma plástica. Las imágenes que se multiplicaron entonces no se inspiraron exclusivamente ni con mucho en las creencias nacionales. Reproducían en su mayor parte los tipos más conocidos de la iconografía greco-latina. No es, sin embargo, imposible entresacar bajo los temas clásicos algunos motivos originales. Es más fácil aún, en las inscripciones, reconocer los nombres de los dioses galos, subsistiendo al lado de los dioses extranjeros. Lo difícil es saber lo que significaban esos nombres y los emblemas á que estaban asociados.

Existen otras fuentes de información, las tradiciones populares vivas aún en nuestras campiñas, la materia mítica condensada en la Edad media en los poemas de los celtas de Irlanda; pero debe utilizárselas con extrema reserva. ¿Quién puede, en efecto, decir todo lo que el trabajo de los siglos, todo lo que el caudal de las ideas cristianas ha introducido como elemento nuevo en el primitivo fondo? En resumen, hay pocos estudios en que los documentos sean tan pobres y de tan delicado uso. Nos pinta César á los galos como eminentemente

(1) FUENTES.—El texto capital y el único extenso es el de César, *Guerra de las Galias*, VI, 13-24.

OBRAS DE CONSULTA.—Dom Martín, *La religión des Gaulois*, 1727. Gaidoz, *Esquisse de la religion des Gaulois*, 1879. D'Arbois de Jubainville, *Introduction à l'étude de la littérature celtique*, 1883. *Le cycle mythologique irlandais*, 1884. Mowat, *Remarques sur les inscriptions antiques de Paris*, «Bulletin épigraphique», 1881 y 1882. Monceaux, *Le grand temple du Puy-de-Dôme*, «Revue historique», 1888. S. Reinach, *Description raisonnée du musée de Saint-Germain. Bronzes figurés*, 1894. Bertrand, *La religion des Gaulois*, 1897. Allmer, «Revue épigraphique.» Véase principalmente, á partir de 1894, *Les dieux de la Gaule celtique*, «Revue archéologique», «Revue celtique», «Revue de l'histoire des religions», etc. John Rhys, *Lectures on the origin and growth of religion as illustrated by Celtic Heathendom*, 1888. Roscher, *Ausführliches Lexicon der griechischen und römischen Mythologie*, en publicación desde 1884.

(2) Los simulacros de Mercurio que César encontró en gran número no eran estatuas. Con la palabra *simulacros* designa César esas piedras derechas ó menhires de que estaba erizado el suelo de la Galia y cuyo aspecto evocaba el recuerdo de los pilares cuadrados que pasaban por ser símbolos de Hermes, el Mercurio de los griegos. S. Reinach, *L'art plastique en Gaule et le druidisme*, «Revue celtique», 1892.

supersticiosos, lo que no quiere decir que lo fuesen más que los griegos ó los romanos. Su politeísmo, muy rico, muy nutrido, se parecía por su fondo al de las otras naciones. Adoraban las fuerzas de la naturaleza, concebidas como otros tantos seres animados, conscientes, cuyo favor se ganaba por medio de ciertos ritos y ciertas fórmulas. Estas divinidades eran ó tópicas, es decir, relativas á un lugar determinado, ó comunes á la Galia entera ó á una región de la Galia. Frecuentemente eran lo uno y lo otro á la vez, pues un dios tópico podía extender el círculo de sus fieles, gracias á la celebridad de uno de sus santuarios, é inversamente, un gran dios podía, por la misma razón, afectar un carácter local.

En ninguna parte la concepción naturalista aparece mejor que en el culto de las aguas. La devoción de que eran objeto se manifestaba bajo todas las formas. Existen nombres propios galos sacados de nombres de corrientes de agua, y hay corrientes cuyos nombres expresan por sí mismos carácter divino. Así el *Deva*, *Diva*, *Divona*, de que hemos hecho Dive, Divone, Deheune. No se rendía homenaje sólo á las corrientes, á los ríos; se rendía también á los lagos, á los torrentes, á los arroyos. Entre los nombres de divinidades, los más fáciles de explicar son generalmente la personificación de un manantial, cuando no lo son de un territorio, y con frecuencia de un manantial toma el territorio su nombre. *Nemausus*, el dios protector de Nîmes, no es sino el genio de una fuente que aún hoy constituye uno de los adornos de la ciudad. Sobre los genios locales se elevan dioses ó divinidades que representan la acción de las aguas en general. El más célebre es *Borvo*, *Bormo*, *Bormanus*, según las regiones. Su fama es universal. Se le halla en la toponimia de todos los países célticos. En Francia *Borvo* ha dado su nombre á muchas estaciones termales: Bourboule, Bourbonne-les-Bains, Bourbon-Lancy, Bourbon-l'Archambault. Arrojan los galos al fondo de las aguas, y preferentemente en las aguas estañíferas que conservan el depósito, una multitud de objetos preciosos. El cónsul Cæpio (106 antes de J. C.) encontró en los lagos hoy desecados de Tolosa una cantidad de oro que supuso que provenía del pillaje de Delfos; la turba de los pantanos ha proporcionado á nuestros arqueólogos su más rico botín. Gregorio de Tours, que escribió á fines del siglo VI después de J. C., menciona un lago de Gévaudan á que los habitantes iban en masa á llevar sus ofrendas. La predicación cristiana combatió estas inveteradas costumbres. Las fuentes se han conservado lugar de peregrinación en que las capillas cristianas han reemplazado á los santuarios gálicos.

La confianza de los romanos en la eficacia de la hidroterapia contribuyó en mucho á la persistente popularidad de este culto bajo el Imperio. La adoración de los árboles se halla expresada con poca frecuencia en las inscripciones. Las únicas divinidades silvestres de que tenemos conocimiento son aquellas cuya personalidad se amplificó, el dios *Vosegus*, las diosas *Abnoba*, *Arduinna*, genios de los Vosgos, de la Selva Negra, de los Ardenas. Este culto, como el precedente, ha dejado algo subsistente que ha desafiado las prohibiciones de la Iglesia, obligada á santificar con su intervención los ritos por él prescritos. La imagen de la Virgen colocada en el hueco de los árboles purificó las ceremonias

paganas. En el fondo del bosque de Chênes, á la sombra de las hayas, bajo las coronas suspendidas de las ramas por la piedad de los niños, vió nacer Juana sus sueños y adquirió conciencia de su misión.

Una práctica que entra en el mismo orden de ideas y cuyo sentido ha sido tergiversado es la recolección del muérdago sobre la encina. No hay que ver en ella otra cosa que un episodio del culto tributado á las plantas, pues si el árbol era divino, la planta con sus virtudes medicinales no lo era menos. Las más raras eran las más apreciadas. El poder que se le atribuía estaba en razón de lo raro de su producción. Como el trébol de cuatro hojas, el muérdago brotando sobre la encina parecía fuera de las condiciones ordinarias de la naturaleza. El carácter maravilloso de esta aparición explica la pomposa ceremonia á que daba lugar la inmolación de víctimas vestidas de blanco, con la hoz de oro de los druidas. No es de extrañar que esperasen para esta solemnidad al primer día del mes lunar. Sabida es la correlación establecida en todo tiempo entre las fases de la luna y los fenómenos terrestres.

Entre las divinidades familiares es preciso colocar en primer lugar las que los galo-romanos llamaron las *Señoras* ó las *Madres*, *matronæ*, *matres*, *matre*. Este culto, que es general, parece, sin embargo, haber estado más extendido en el Sudeste y en el Centro. Pasó de aquí en la época romana á la región del Rhin. Es un culto de los humildes, profundamente arraigado en el alma popular. Ha poblado nuestros museos de inscripciones, de bajos relieves y barro cocido. Las divinidades madres están vestidas con largos trajes y sentadas ordinariamente en grandes sillones. Su fisonomía es afable, su actitud grave y pacífica. Sostienen sobre sus rodillas ó en sus manos cestas de flores, cuernos de la abundancia ó niños recién nacidos. Son divinidades tutelares que dispensan y conservan el don de la vida. Protegen las familias, los dominios, á veces grupos más extensos, ciudades, provincias, naciones. Se las encuentra en la Edad media con una fisonomía algo alterada y desvanecida por las prevenciones del Cristianismo vencedor de los dioses destronados. Un rasgo que las caracteriza en la antigüedad es el de ir casi siempre de tres en tres, como las *Parcas* de los griegos, como los *Nornes* de los escandinavos. En esta forma aparecen aún las hadas en nuestras leyendas francesas. El nombre de hada ó *fada* está tomado de los *Fate* latinos; pero la confusión entre estas divinidades y las deidades madres de los galos es el resultado de la mezcla operada entre las dos mitologías.

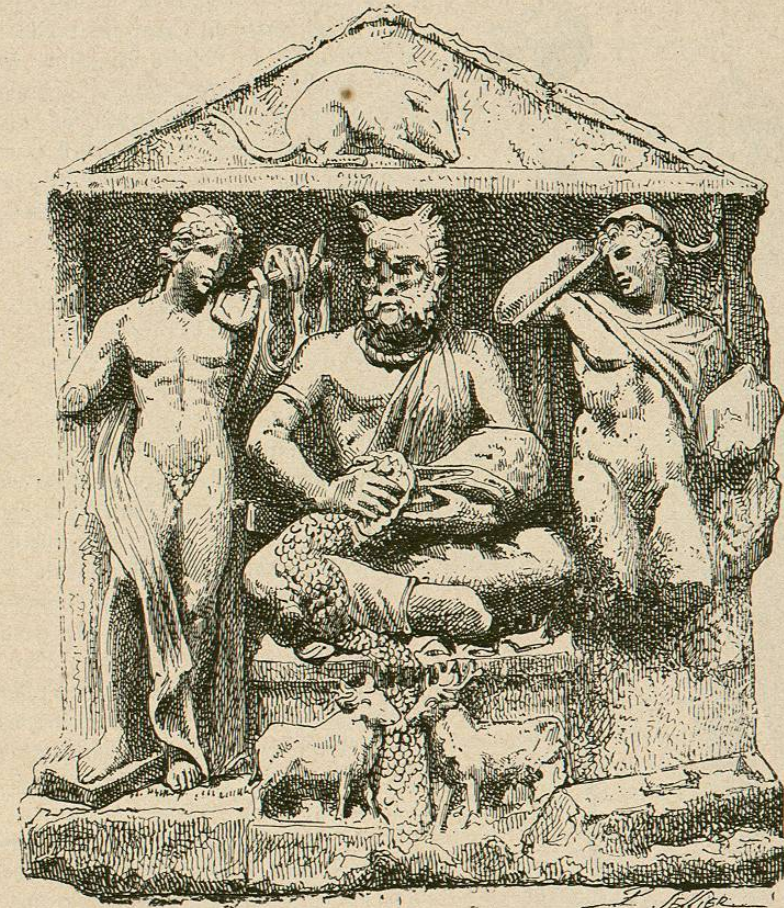
No hay para qué levantar aquí un inventario completo del politeísmo galo. Limitárase con seguridad este trabajo, en el estado actual de nuestros conocimientos, á una simple nomenclatura. De esta lista, que todos los días se alarga, tomaremos, por la popularidad de que gozaba, á la diosa *Epona*. Entraba en sus atribuciones cuanto concierne á la equitación. Se la representa jinete en una jaca que escolta alguna vez su potro.

Enumera César tal como sigue los principales dioses de los galos: «Adoran los galos en primer lugar á Mercurio. Míranle como el inventor de las artes, el patrón de los caminos y de los viajes; creen que goza de gran poder en el comercio y los negocios. Después de él adoran á Apolo, Júpiter, Marte, Minerva. De estos dio-

ses tienen formada con poca diferencia la misma idea que los demás pueblos. Apolo conjura las enfermedades, Minerva enseña los elementos de los oficios y de las artes, Júpiter tiene el imperio del cielo, Marte preside la guerra. Los galos se dicen todos descendientes de *Dispater* (Plutón).»

¿Cuáles son los dioses indígenas presentados por César bajo esos vocablos latinos? No lo dice, y tiene sin duda para ello sus razones. Es hombre de Estado

Raras veces acompañada de una inscripción la imagen, nada nos enseña en general sobre el nombre del dios; pero las insignias que en ella se le atribuyen pueden proporcionarnos algunos indicios sobre su naturaleza y sus funciones. Una figura muy corriente es la del «dios del mazo,» llamado así por razón del útil que lo caracteriza esencialmente. No es dudoso que tengamos en él una encarnación de *Taranis*, una de las divinidades mencionadas en uno de los pasajes frecuentemente



Altar del dios tricépite, rodeado de Apolo y Mercurio. (Museo de Reims.)

más que historiador. Tiene interés en presentar á los dioses de la Galia resignados de antemano á no ser sino el reflejo y la imagen de los dioses de Roma. Prepara así, por la confusión entre sus panteones respectivos, la aproximación entre los dos pueblos.

Lo que César no dice pueden las inscripciones enseñárnoslo. Agregan, en efecto, con bastante frecuencia al nombre romano su equivalente céltico. Desgraciadamente ese equivalente varía. Nada tiene el hecho de sorprendente cuando sobre él se reflexiona. El nombre de un mismo dios no era igual en todas partes, y no había además entre las dos mitologías concordancias rigurosamente exactas. Las identificaciones á que se prestan, fundadas sobre analogías parciales, son imperfectas siempre en algún punto, y por consecuencia la asimilación de los dioses de Roma y de la Galia podía efectuarse de diversas maneras igualmente posibles é igualmente aproximadas.

Son más instructivos en cierto sentido que los textos epigráficos las representaciones de los monumentos.

citados del poeta Lucano (1). *Tarán* en las lenguas célticas quiere decir trueno. El trueno para muchos pueblos se producía por un martillazo. El dios del rayo en la mitología germánica, *Thor* ó *Donnar*, estaba armado de este instrumento. El *Donnar* de los germanos no es sólo un dios tonante; es el dios de la luz, el dios bienhechor. Proporciona el calor, hace madurar las cosechas, doma los monstruos, conjura las calamidades. Iguales creencias eran corrientes en la Galia. Antes de convertirse el martillo en atributo de un dios de figura humana, había ya sido adorado como un fetiche. Está esculpido sobre las paredes de los dólmenes de la Armórica y de las grutas de la Champaña. Está grabado en las monedas gálicas y representado en muchos altares galo-romanos en que ocupa el lugar de inscripción. Reaparece bajo el nombre de *ascia* (2)

(1) *Farsalia*, I, 446.

(2) El *ascia* es el útil, hacha ó martillo esculpido en muchas tumbas galo-romanas y á veces acompañado de la fórmula: *Sub ascia didicavit*. Tal uso ha sido, por lo demás, explicado muy diversamente

en las solemnidades funerarias y conserva fieles aún después del triunfo del Cristianismo. Cuenta Gregorio de Tours que Galo, obispo de Clermont (526-553), habiendo con ocasión de una peste ordenado una procesión, encontró las casas señaladas con la letra *tau* (T). No era este signo otra cosa que el mazo de que la letra en cuestión reproduce la forma. Llamaronle por esta razón el *Tau* gálico.

El dios romano con que Taranis tiene más afinida-



El dios Tarán

des es Júpiter. Identificados uno y otro en las inscripciones, lo son igualmente en las representaciones y monumentos. Es, en efecto, Taranis á quien se reconoce en ese personaje divino, vestido á estilo galo, pero que recuerda por sus atributos al amo de los dioses y cuyo cetro no es otra cosa que el mazo transformado por la prolongación del mango.

El Júpiter «de la rueda» hace pareja con el que lleva el mazo. Júpiter entre los romanos no es sólo el dios que hace estallar el rayo, sino también el que alumbrá y conduce el astro del día. Era natural que prestase sus rasgos al dios galo del sol. El flamígero disco, emblema de este último, fué representado por una rueda. No era, pues, este objeto sino un símbolo, una figura poética. Para las imaginaciones primitivas fué la representación exacta del fenómeno celeste. Tenía el culto del sol fechas señaladas en los solsticios. El solsticio de verano era el más solemnizado á

juzgar por la persistente costumbre de los fuegos de San Juan. En esas fiestas populares, tanto que han durado hasta nuestros días, es preciso observar el papel atribuido á la rueda. Algunas veces se agitan ramas y antorchas por un movimiento circular, y muchas también un cilindro de paja encendido, que se precipita, acompañando el acto con grandes gritos, desde lo alto de la montaña, para arrojarlo en el río como una imagen del sol que no puede menos de descender cuando ha llegado al apogeo de su curso.

El *Dispater* de César no podía menos de estar representado en Plutón. Lo estuvo bajo las especies de Serapis, el Plutón egipcio, popularizado por el arte alejandrino, cuya influencia fué tan profunda sobre el arte galo-romano. Pero solo, ó poco menos, entre los dioses sus compatriotas, revistió una forma original independiente de los modelos clásicos, y especial, por otra parte, de esos países del Norte y del Oeste que se mantuvieron bajo la dominación romana más galos en su esencia. Hallamos su nombre sobre uno de los monumentos que lo representan.

Se llama *Cernunnos*, el *Cornu*, como alusión á los cuernos y astas de ciervo que le brotan de la frente. Está sentado cruzadas las piernas, en una actitud que se ha comparado á la de las divinidades búdicas. Le acompañan animales: el buey, el ciervo, la serpiente con ó sin cabeza de carnero, la rata. Sujeta con las manos un odre de que brotan en abundancia pequeños objetos de naturaleza desconocida. Rodea su cuello un collar ó torques. No tiene este simbolismo en la mayoría de sus elementos nada de misterioso. La lengua que habla es de uso universal. Los cuernos, imitados de la luna, son el emblema de la noche. Igualmente los animales que están de ellos provistos. En cuanto á los que viven bajo tierra ó se arrastran por su superficie, representan las potencias infernales. El dios, empero, de la muerte es también el dios de las riquezas enterradas bajo el suelo. De aquí el torques emblema del lujo, de aquí el odre que esparce sus tesoros. Cernunnos se nos aparece, pues, como una de las imágenes mejor caracterizadas del *Dispater* galo. Conocemos un *Júpiter Cernunnos*, patrón de un Colegio funerario, de la época romana.

La gran divinidad de los galos, según César, era Mercurio. Era antes de la conquista, y ha seguido siéndolo después, tan querido de su pueblo bajo su apariencia romana como del tiempo en que conservaba intacta su fisonomía céltica. Inscripciones votivas, ofrendas y estatuas de todo tamaño y todo valor, desde el barro hasta la plata maciza; le colmaron nuestros padres de toda clase de dones. Levantaronle templos en todos los puntos de su territorio, muchas veces sobre altos parajes, por los que tenía particular afectión, sobre las cimas de los Vosgos, del Morván, de la Auvernia. Está inscrito su recuerdo sobre nuestro mapa del Este al Oeste y del Norte al Mediodía, en los nombres de Mercrey, Mercœur, Mercueil, Mirecourt, etc. La colina de Montmartre, de París, ha sido el monte de Mercurio. En el centro de la Francia es, sin embargo, donde estuvo ese culto más floreciente y donde más huellas dejó. Ahí en la cumbre del Puy-de-Dôme se elevó bajo Augusto el más famoso entre los santuarios del dios, el templo del Mercurio Arverne,

célebre en toda la Galia por sus proporciones, su riqueza y la afluencia de sus fieles.

No vió César en Mercurio más que el patrón del comercio y de las artes útiles. Pero el dios favorito de los galos respondía á una concepción más vasta. El Mercurio galo-romano no es ordinariamente sino una imitación del tipo clásico. Su verdadera fisonomía aparece en los monumentos en que lo vemos en competencia con Cernunnos. Ya golpea al dios mismo, ya en

iconografía gálica, se observa claramente en la mitología irlandesa por la lucha entre Lug y Balar, dios de la muerte, hijo de *Buar-Ainech*, el dios con cara de vaca, con sus compañeros de cabeza de cabra. Buar-Ainech tiene, además de Balar, dos hijos que obran de acuerdo con el mayor y pueden ser considerados con él como tres encarnaciones nuevas de su padre. Esto explicará la forma tricéfala, que es ordinariamente la del Buar-Ainech gálico, Cernunnos. No está, por lo



El dios Cernunnos. (Museo de Cluny.)

su lugar á la serpiente con cabeza de carnero. Vencedor, le arrebató sus atributos. Animales reptiles y cornudos, subterráneos y nocturnos, todo el cortejo de animales malignos, domados desde entonces, forma su cortejo y adorna su triunfo. Bajo sus dedos mágicos las armas mismas del mal espíritu se transforman en fuentes de ventura. El cuerno arrancado en el combate se convierte en cuerno de abundancia como el de Aquelao entre las manos de Hércules. Al lado de estos atributos, por derecho de conquista, los hay que le pertenecen y que expresan su propia naturaleza, la maza, instrumento de sus hazañas, el gallo cuyo canto anuncia la vuelta de la aurora, los pájaros que se ciernen en el cielo. El Mercurio que aquí se revela no es sólo el dios mercantil de los romanos. Es el hermano del Hermes griego, el campeón del día que dispersa el ejército de estrellas. Es una de esas innumerables figuras, caras á toda mitología, en que se resume el gran drama del mundo físico y moral, la victoria siempre disputada y ganada siempre de la luz sobre las tinieblas y del bien sobre el mal.

Se ha creído reconocer el nombre del Mercurio galo en el del dios irlandés *Lug*. Por desgracia el nombre de *Lug*, muy frecuente en la toponimia céltica, no está asociado en ninguna inscripción al de Mercurio. La hipótesis no es, por lo demás, menos verosímil: tan chocantes son las semejanzas entre los dos mitos. *Lug*, para la Irlanda cristiana, no es sino un héroe, á la vez guerrero y pacífico, que por la guerra asegura la paz. Sin embargo, la leyenda humana es un reflejo de la leyenda divina. El dualismo que se deja entrever en la

demás, esta forma exclusivamente reservada á ese dios. Gustaban los galos del número tres, al que parece que muchos pueblos atribuyeron un sentido místico.

Como otros dioses galos, Borvo, por ejemplo, Mercurio tenía una compañera, una *parèdre*, *Rosmerta*. La raíz *Smer*, que entra en la composición de este nombre, se halla en ciertos calificativos dados al mismo Mercurio, *Adusmerius*, *Atesmerius*. Se la descifra en un bajo relieve en que está Mercurio representado pegando á la serpiente con su maza. Formaba probablemente uno de los nombres bajo los cuales era adorado. Otro de esos nombres era *Ogmios*. El escritor griego Luciano nos ha dejado un pequeño tratado sobre este dios, que él identifica con Hércules, cuando todo lo que dice tiende á hacerlo pasar por un equivalente de Mercurio. *Ogmios* se convierte en *Ogme* en el ciclo irlandés. Realiza allí las mismas hazañas que *Lug*, combate á los mismos enemigos y después de la victoria justifica su advenimiento con las mismas buenas obras. Es en Irlanda el inventor de la escritura *ogámica*.

III.—La religión (continuación). El sacerdocio druídico (1)

Lo más original de la religión de los galos son los druidas. Todos los pueblos de la antigüedad han tenido sacerdotes. Muy pocos han tenido, como los galos, un clero.

(1) FUENTES.—César, *Guerra de las Galias*, VI, 13-21. Estrabón, 4, 4-5. Diodoro, V, 28-31. Pomponio Mela, III, 2. Lucano,